



Las aventuras íntimas de

Belle de Jour

Diario de una prostituta

Belle de Jour es el seudónimo de una chica de compañía de alto nivel que trabaja en Londres. Ésta es su historia, contada en primera persona. Belle se atreve con todo: desde discutir los méritos literarios de Martin Amis con clientes desnudos, hasta meterse en un hotel con un par de látigos disimulados en el forro del abrigo, y cuenta con franqueza y humor cómo combina todo esto con su vida privada.

Chocante a veces, hilarante otras, pero siempre apasionante, el relato de estas aventuras íntimas es una historia desmitificadora e inesperada que nos permite descubrir los entresijos de la prostitución de lujo.

«No lamento nada de lo que he hecho. Si hemos de dar crédito a los manuales, soy una enferma mental. Si en cambio damos crédito a las revistas de papel cuché, soy una mujer moderna e independiente».

Belle de Jour

Dedicado a F y N

Este libro no habría sido posible sin el apoyo y la paciencia de Patrick Walsh y Helen Garnons-Williams, ni de su personal y asociados, con quienes tengo una deuda de gratitud.

Lo primero que debéis saber es que soy prostituta.

No lo digo por frivolidad. No uso la palabra como analogía del trabajo de oficina o de un curro en la prensa digital. Muchos de mis amigos os dirán que apuntarse a una empresa de trabajo temporal o acabar de vendedor es equivalente a prostituirse. No lo es. Lo sé porque yo misma he trabajado a través de ETT y he follado por dinero, y ambas cosas no se parecen en nada. Son planetas distintos. Diferentes sistemas solares.

Lo segundo es que vivo en Londres. Puede que los dos hechos estén relacionados y puede que no. No es una ciudad barata. Como la mayoría de mis amigos, me mudé aquí después de la universidad con la esperanza de encontrar trabajo, si no bien pagado, al menos interesante o poblado exclusivamente por hombres guapos y disponibles. Pero empleos así no abundan. Actualmente, casi todos estudian para ser contables, incluidos mis amigos A2 y A3, muy respetados en círculos académicos. ¡Dios mío! Un destino peor que la muerte. La contabilidad es todavía menos sexy que el mundillo universitario.

La prostitución es trabajo regular y poco exigente. Me permite conocer a un montón de personas. Sí, es cierto, casi todos son hombres que no volveré a ver en mi vida, y tengo que tirármelos aunque estén llenos de verrugas peludas, o aunque no tengan más de tres dientes, o aunque quieran que interprete sus fantasías con la profesora de historia del bachillerato. Pero lo prefiero antes que estar mirando el reloj para ver cuánto falta para ir a tomar el té en

una deprimente sala de personal. De modo que, cuando mis amigos sacan a relucir por enésima vez su gastada analogía entre trabajo asalariado y prostitución, yo asiento con gesto comprensivo, me compadezco de ellos, nos bebemos nuestras copas y nos preguntamos adonde habrá ido a parar el optimismo de nuestra juventud.

El suyo estará probablemente en una autovía, de camino a algún suburbio residencial. El mío se dedica a abrirse de piernas periódicamente, por dinero.

Dicho esto, debo señalar que el salto a la prostitución pura y dura no se produjo de la noche a la mañana.

Me mudé a Londres como otros miles de estudiantes recién titulados. Con sólo una pequeña deuda de estudios y algo de dinero ahorrado, creí tener suficiente para varios meses, pero mis reservas no tardaron en agotarse, socavadas por el pago del alquiler y un millar de gastos triviales. Mi rutina diaria consistía en repasar las páginas de ofertas de empleo, escribir entusiastas y panegíricas cartas de presentación, sabiendo que jamás me entrevistarían para el puesto solicitado, y masturbarme furiosamente todas las noches antes de irme a la cama.

La masturbación era, con diferencia, el momento culminante de aquellos días. Imaginaba que trabajaba de ingeniera de pruebas en una fábrica de material de oficina y que una de mis tareas consistía en cubrirme el interior de los muslos con pinzas, mientras alguien me follaba vigorosamente. O que era la asistente personal de una poderosa domina y estaba encadenada a su escritorio, mientras otra de sus esclavas me comía el coño, empalada a su vez con un consolador. O que flotaba en un tanque de privación sensorial, entre manos que me pellizcaban y me tiraban de la piel, primero con suavidad y luego dolorosamente.

Londres no era la primera ciudad donde había vivido, pero sí la más grande. En cualquier otro lugar, siempre hay alguna probabilidad de encontrarse con un conocido, o al menos de ver una cara sonriente. Aquí no. Los usuarios de

las líneas de cercanías abarrotan los trenes, ansiosos por superar a sus compañeros de viaje en una carrera armamentística de aislamiento, librada a golpe de ediciones de bolsillo, auriculares y periódicos. Un día, en la línea del Norte, la mujer que tenía al lado llevaba el ejemplar del *Metro* a escasos centímetros de la cara; sólo tres paradas después me di cuenta de que no estaba leyendo, sino llorando. Me costó mucho no decirle que lo sentía y más todavía no echarme a llorar yo también.

Con el tiempo, vi esfumarse mis magros ahorros, mientras la compra del bono de transportes se iba convirtiendo en el episodio álgido de la semana. Y si bien mi vicio de comprar lencería me deja inhabilitada, ni siquiera recortando el consumo de esos vaporosos artículos habría resuelto el problema.

Poco después de mudarme, recibí un mensaje de texto de alguien a quien había conocido a través de mi amigo N. Ésta es la ciudad de N, y se diría que conoce a todo el mundo. De mis seis grados de separación, él acapara por lo menos cuatro. Así que cuando vi que hacía todo lo posible por presentarme a esta señora, presté atención. «Me han dicho que estás aquí. Me encantaría verte cuando tengas tiempo», decía el mensaje de ella. Era una mujer de cierta edad, sólidamente sexy, con acento aristocrático e impecable buen gusto. Cuando la conocí, pensé que estaba totalmente fuera de mi alcance. Pero en cuanto nos volvió la espalda, N me comunicó entre susurros y furiosa gestualidad que iba como una moto y que, además, le gustaban las tías. Al instante se me encharcaron las bragas, por así decirlo.

Guardé el mensaje durante semanas, mientras mi imaginación se volvía más inquieta y calenturienta. Al poco tiempo, ella se había metamorfoseado en la perra infernal con traje de látex de mis ensoñaciones nocturnas. Las zorras y los zánganos de oficina hambrientos de sexo de mis fantasías estaban adquiriendo un rostro, y era siempre el suyo.

Respondí al mensaje. Me llamó casi de inmediato, para decirme que ella y su nueva pareja estarían encantados de cenar conmigo la semana siguiente.

Durante días estuve sumida en el pánico sin saber qué ponerme y me gasté una fortuna en un corte de pelo y ropa interior nueva. La noche de la cita puse patas arriba el armario, cambiándome una docena de veces. Al final me decidí por un ceñido suéter aguamarina y unos pantalones marengo, un conjunto quizá un poco oficinesco, pero modestamente sexy. Llegué al restaurante con media hora de adelanto, incluso después de media hora tratando de encontrarlo. Allí me dijeron que sólo podría sentarme cuando hubiera llegado el resto de mi grupo. Me gasté el dinero que me quedaba en una copa en el bar, con la esperanza de que ellos pagaran la cena.

El ruido de las parejas que charlaban en los estrechos reservados se mezclaba con los gorgoritos de la música de fondo. Todos parecían mayores que yo y sin duda más adinerados. Algunos tenían pinta de venir directamente del trabajo, mientras que otros claramente habían pasado antes por su casa para arreglarse. La puerta, cada vez que se abría, dejaba entrar una ráfaga de frío aire otoñal y olor a hojas secas.

Llegó la pareja. Nos asignaron una mesa en un rincón, lejos de la atención del personal, y a mí me hicieron sentar entre los dos. Él miraba por el escote de mi suéter, mientras ella hablaba de deporte y galerías de arte. Cuando la mano de él comenzó a reptar por mi rodilla derecha, el pie de ella, enfundado en la media, empezó a deslizarse por el interior de una de las perneras de mis pantalones.

Ah. Entonces era eso lo que buscaban, pensé, pero ¿no lo sabía ya desde el principio? Eran mayores, libertinos, fabulosos. No había ninguna buena razón para no tirármelos o no dejar que se me tiraran. Pedí lo mismo que ellos: platos opulentos y cremosos. Un risotto de setas tan denso que costaba arrancarlo de la fuente, y tan glutinoso que só-

lo con los dientes conseguí desalojarlo de la cuchara. Pescado con la cabeza todavía pegada y los ojos vidriados a fuego, que nos contemplaban fijamente. Cuando ella se chupó los dedos, tuve la sensación de que no era un lapsus, sino un gesto deliberado. Mi mano resbaló sobre sus pantalones ajustados hasta su entrepierna y ella apretó con fuerza los muslos en torno a mis nudillos. En ese preciso instante, la camarera decidió que nuestra mesa necesitaba más atención. Nos trajo una bandeja de bombones y pastas diminutas, que el hombre le dio a su amiga con una mano, mientras agarraba mi mano con la otra, al tiempo que mis dedos trepaban por los muslos de ella. La mujer se corrió fácilmente, casi en silencio. Yo le rocé el cuello con los labios.

—Excelente —murmuró él—. Ahora hazlo de nuevo.

Lo hice. Después de la cena, salimos del restaurante. Él me pidió que me desnudara de la cintura para arriba y que me sentara delante, con ella al volante. Desde el asiento trasero, él me agarraba los pechos y me pellizcaba los pezones, mientras recorríamos la breve distancia hasta la casa de ella. Fui del coche a la puerta con el pecho descubierto y, una vez dentro, me ordenaron que me arrodillara. Ella desapareció en el dormitorio, mientras él me impartía unas cuantas lecciones básicas de obediencia: mantener posiciones incómodas; sostener objetos pesados en posiciones incómodas, y sostener objetos pesados en posiciones incómodas con su polla en mi boca.

Después ella volvió con velas y látigos. Aunque ya había sentido en carne propia tanto la cera caliente como la punta de una fusta, fue una experiencia nueva que me lo hicieran con las piernas levantadas por el aire, mientras me plantaban encima velas encendidas que chorreaban sobre mi torso. Al cabo de dos horas, él la penetró y, utilizando la polla como la dominatrix de mi fantasía, la empujó hacia mi coño con la cara por delante.

Nos vestimos, ella se duchó. Él me acompañó a buscar un taxi. Caminábamos con los brazos entrelazados. Un padre con su hija, habría pensado cualquier transeúnte. Formábamos una pareja confortable.

—Vaya pedazo de mujer que tienes ahí —le dije.

—Lo que sea por tenerla contenta —replicó.

Hice un gesto de asentimiento. Paró un taxi con la mano y le indicó la dirección al conductor. Mientras yo me acomodaba en el asiento trasero, me dio un rollo de billetes y me dijo que volviera cuando quisiera. Ya había recorrido la mitad del camino de regreso cuando desenrollé los billetes y vi que sumaban por lo menos el triple de lo que costaba la carrera.

Mi mente se puso a calcular: el alquiler vencido, el número de días que hay en un mes, el beneficio neto de la salida nocturna. Pensé que debería sentir una sombra de arrepentimiento o de sorpresa por haber sido utilizada y pagada. Pero no fue así. Ellos lo habían pasado en grande y, para una pareja de su posición, el gasto de una cena y un taxi no era nada. Y para mí, a decir verdad, no había sido precisamente una labor extenuante.

Le indiqué al taxista que parara unas pocas calles antes de mi casa. El repiqueteo de mis tacones resonaba en el pavimento. El otoño acababa de entrar, todavía hacía calor por la noche, y las marcas rojas de cera debajo de mi ropa resplandecían con empática calidez.

La idea de vender sexo supuraba y crecía como una llaga. Pero durante cierto tiempo sepulté mi curiosidad acerca de la prostitución. Pedí dinero prestado a mis amigos y empecé a salir en serio con un hombre joven. Fue una distracción agradable, hasta que recibí el primer aviso de descubierto del banco, sugiriendo que me pasara por allí para hablar de un préstamo. La llaga murmuraba y me escocía con cada solicitud de empleo rechazada y cada entrevista fallida. No podía dejar de pensar en lo que sentí volviendo

a casa en medio de la noche, en el asiento trasero de un taxi. Podía hacerlo. Tenía que probar.

Y poco después de decidir que lo haría, empecé a llevar un diario.

Novembre

La guía de Belle del trabajo sexual en Londres, de la A a la Z

A-C

A de Agencias

Las agencias de Londres suelen quedarse con un tercio de los honorarios, sin contar desplazamientos y propinas. Se supone que el cliente paga los desplazamientos cuando la chica tiene que salir y eso puede significar unas treinta o cuarenta libras más.

La comisión de la agencia cubre los gastos de publicidad, concertación y confirmación de las citas y seguridad, cuando hace falta. Algunas agencias deducen de las primeras citas el coste de las fotografías, o bien le piden a la chica que las pague al contado. La mía no me cobró nada; las fotos y la creación de una imagen personal me salieron gratis.

Con suerte, el contacto con la agencia es mínimo. La última vez que vi a mi jefa, me criticó el perfilador de labios. Eso para los que hablan de solidaridad femenina.

B de Bodrio Capilar

A veces, los preliminares de una cita no dejan tiempo para la cuidadosa labor de acicalamiento en tres actos que una chica necesita. El pelo suele ser lo primero que se resiente. Cuando me doy prisa, me queda más

bien aplastado, con un punto graso. Hay un truco de urgencia que me enseñó una chica de la universidad, en una hora y para una sola vez. Consiste en espolvorear una finísima capa de talco por todo el pelo y aplicar un cepillado ligero. Te quedará suficientemente bien durante el tiempo suficiente. Pero evita la humedad, porque puedes acabar con la cabeza pegada a la pared.

C de Contado

No acepto tarjetas. ¿Dónde queréis que lleve el aparato lector?

C también de Conversación

Saber conversar no sólo es útil, sino probablemente la habilidad más importante en este trabajo. Finge interés en todo y no digas nada concreto sobre tendencias políticas ni otros temas potencialmente espinosos. En otras palabras, miente como una marrana. Considéralo como una práctica útil para una futura carrera política.

samedi, le 1 novembre

Un cliente me estaba estrujando los pezones.

—Cuidado ahí. Dolor premenstrual —le dije, guiando amablemente sus manos hacia otro sitio.

—Cuéntame alguna de tus fantasías —me dijo él.

—Cuatro hombres me secuestran, me desnudan y me atan en el asiento trasero de un coche. Aparcan, salen y se masturban encima de mí a través de las ventanas abiertas.

—¿Hay caballos cerca?

—Montones de caballos. Estamos en pleno campo. Estamos en una granja. Son granjeros.

—¿Sientes el olor de los caballos?

—Sí, siento el olor de los caballos. Hacen ruido en los establos y se están excitando mucho. Los caballos tienen unas pollas enormes, ¿verdad?

—Oh, sí. Así es.

—Cuando los granjeros acaban, me llevan a las cuadras.

—No te tires al caballo.

—Oh, no, ni por asomo. ¡Es demasiado grande! Además, el caballo... el semental... está fuera de control, demasiado excitado. Creo que es demasiado grande. Es enorme. Suena como si estuviera a punto de derribar la puerta de la cuadra.

—Aaaaaah...